

Antropología e historia: hacia una necesaria relación interdisciplinar*

CARLOS MARTÍNEZ SHAW
MANUEL SÁNCHEZ MARTÍNEZ
Universidad de Barcelona

Un punto de partida: el divorcio entre las ciencias sociales

A comienzos de nuestro siglo, las ciencias sociales se desarrollaban por caminos paralelos, en mutua y consciente ignorancia de las experiencias y resultados de las disciplinas que avanzaban simultáneamente hacia el común objetivo de estudiar las relaciones entre los grupos humanos. Esta fragmentación del conjunto de las ciencias sociales queda perfectamente definida por P. Vilar:

«En la misma medida en que la reacción contra Hegel ha sido diversa, dispersa, desorganizada, la reacción contra Marx, entre la Comuna y la Gran Guerra, aparece como el común denominador de todas las fracciones burguesas de una ciencia que estalla a pedazos: ya que la abundancia de sociologías críticas, subjetivistas, positivistas, místicas, corresponde a la etapa marginalista en economía, a la etapa monografista en historia económica, a la etapa *historizante* en los historiadores (...). Esta tendencia a escindir la realidad ha condenado a la economía, la sociología y la historia a un perpetuo juego de escondite».¹

El divorcio entre la historia y la economía ha sido el mejor analizado, debido al extraordinario auge de esta última disciplina y a la importancia

* Queremos aquí agradecer la información y orientación sobre bibliografía antropológica que nos fueron ofrecidas por nuestros compañeros María Dolores Comas y Juan José Pujadas.

1. P. Vilar, «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas (Para un debate metodológico)», en P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, 1974, pp. 367-368.



que el nivel económico ha adquirido como elemento de explicación de la evolución histórica. La economía nació unida a la historia en las obras de la escuela clásica, que buscó siempre el maridaje explicativo entre teoría e historia. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, la ciencia económica fue adentrándose en un proceso de abstracción progresiva de sus formulaciones: por un lado, buscó el establecimiento de leyes universales; por otro, se esforzó por expresar dichas leyes en un lenguaje matemático. Por su parte, la historia era canalizada por el historicismo y el positivismo —de raíz diferente, pero que conducen a idénticos resultados— hacia una erudición estéril, que asentaba el fetichismo del dato, única realidad objetiva, al tiempo que rechazaba cualquier virtualidad explicativa, ya que unos hechos sometidos exclusivamente al azar no podían ser universalmente inteligibles, sino que quedaban al arbitrio de inconsistentes interpretaciones subjetivas. Por tanto, no debe extrañar que esta historia puramente acumulativa fuese repudiada por otros científicos sociales, que se esforzaban en poner a punto un utillaje conceptual debidamente formalizado con el que afrontar las realidades que constituían el objeto de sus respectivas disciplinas. La historia quedaba marginada, relegada a la categoría de un arsenal de curiosidades, sin metodología propia e incapaz de una conceptualización propiamente científica.

En el período de entreguerras, la situación experimentó un cambio radical. La necesidad de hallar explicación a la compleja crisis económica que azotaba al mundo capitalista obligó a los economistas a ampliar su campo de acción, a abandonar su posición de autosuficiencia y a retirarse de la esfera cerrada de lo puramente económico. La extroversión de la ciencia económica se operó en dos direcciones: en primer lugar, la economía introdujo en sus análisis una serie de elementos extraeconómicos que antes quedaban excluidos, viéndose obligada, de esta forma, a una colaboración con otras ciencias sociales;² y, en segundo lugar, la necesidad de interpretar fenómenos de largo alcance y de encontrar en el pasado situaciones que permitieran ilustrar y comprender procesos contemporáneos, provocaron el nuevo encuentro —o mejor, los «encuentros»— entre la economía y la historia.³ Esta nueva orientación de la ciencia eco-

2. Es la actitud ejemplificada por estas palabras de G. Myrdal: «En la realidad no hay problemas exclusivamente «económicos»; hay, simplemente, problemas, de tal modo que las distinciones entre factores «económicos» y «no económicos» son, en el mejor de los casos, artificiales. El acto mismo de clarificar lo que debería entenderse por problemas «económicos» o factores «económicos» supone un análisis que incluya asimismo todos los determinantes «no económicos». (G. Myrdal, *La pobreza de las naciones*, Barcelona, 1974, pág. 25).

3. Cf. J. Maczewski y P. Vilar, *¿Qué es la historia cuantitativa?*, Buenos Aires, 1973.

nómica coincidió con los rumbos tomados por la historia a raíz de la crítica de la erudición positivista llevada a cabo por la escuela francesa de los *Annales* y por los historiadores marxistas preocupados por la economía, como E. Labrousse. Se cerraba así un largo período de indiferencia entre ambas disciplinas sociales.

Dos caminos paralelos: antropología e historia

En la situación descrita, ejemplificada en el caso de la economía, la actitud recíproca entre antropología e historia tenía necesariamente que discurrir por idénticos derroteros.

En una primera etapa, casi desde su nacimiento, la antropología se orientó preferentemente hacia un planteamiento histórico del objeto de su investigación: las instituciones que estudiaba eran consideradas, ante todo, desde el punto de vista de sus orígenes o antecedentes. Esta tendencia evolucionista fue pronto criticada por la escuela de los antropólogos funcionalistas, que pusieron en primer plano la necesidad de abordar la realidad desde una óptica sincrónica y no diacrónica. Otra escuela de orientación historicista, el difusionismo, que explicaba los procesos culturales y sociales por la difusión de prácticas o descubrimientos de unos pueblos a otros, fue pronto arrinconada por la vaciedad de sus presupuestos teóricos. De este modo, la antropología andaba el camino anti-historicista que conducía desde Malinowski o Radcliffe-Brown hasta el estructuralismo de Lévi-Strauss.

Sin embargo, también en este caso, el divorcio entre ambas ciencias sociales iba a ser cuestionado desde los dos campos. La premisa fundamental para un acercamiento entre antropólogos e historiadores fue la transformación de los presupuestos metodológicos de la historia a partir del período de entreguerras. Y es que, en realidad, una historia definida en términos positivistas estaba en las antípodas de lo que podía interesar al antropólogo: una historia que sólo se ocupaba de hechos militares, políticos y diplomáticos (y no culturales ni tecnológicos, por ejemplo), una historia centrada en el estudio de Europa occidental (mientras los antropólogos se centraban en las sociedades atrasadas extraeuropeas) y una historia, finalmente, que consideraba el dato en sí mismo —fruto de la investigación en fuentes escritas— como única evidencia, única explicación y única objetividad.

Una de las causas de la incomprensión actual del papel de la historia como posible colaboradora de la antropología radica en la pervivencia en-

tre los antropólogos de un concepto de la ciencia histórica caducado hace más de cuarenta años. En este sentido, vale la pena citar, como visión lúcida del problema, el siguiente texto de E. E. Evans-Pritchard:

«Las críticas funcionalistas a los evolucionistas y difusionistas pusieron en tela de juicio no las obras históricas, sino las malas obras históricas, y esto hasta tal punto que renunciaron a la historia, aunque conservando la búsqueda de leyes, que era precisamente lo que la convertía en mala e inadecuada. Por otra parte, ignoraban la investigación histórica y parecía pensar que la falsa historia a la que dirigían sus ataques era representativa de la totalidad, rechazando por esta razón cualquier tipo de explicaciones históricas. Justificaban su actitud distinguiendo metodológicamente entre ciencias generalizadoras (clasificando a la antropología social entre las ciencias naturales) y ciencias particularizadoras, como la historia. Esto sería legítimo si la historia fuera simplemente la relación de una sucesión de acontecimientos únicos y la antropología social un conjunto de proposiciones generales, pero en la práctica los antropólogos sociales hoy generalizan poco más que lo hacen los historiadores. No deducen hechos a partir de leyes ni los explican como ejemplos de leyes, y si ven lo general en lo particular lo mismo hace el historiador.

»Debemos distinguir aquí entre dos tipos de historia, aunque sea aproximativamente y con fines expositivos. Desearía aclarar que no estoy hablando de los historiadores que están satisfechos con escribir de manera narrativa, *histoire historisante*, historia de batallas, una historia de los grandes acontecimientos, políticos principalmente. Ni me refiero tampoco a los filósofos de la historia, desde Vico y Bossuet a Hegel y Dilthey, y a los Spenglers y Toynbees de hoy, esos escritores de los que habla tan tristemente el profesor Aron».⁴

Efectivamente, los antropólogos que actualmente se esfuerzan por delimitar el campo respectivo de la antropología y la historia e intentan marcar las fronteras entre ambas disciplinas, señalando incluso una oposición irreductible entre sus enfoques respectivos, tienen *in mente* un concepto de la historia, que suele moverse entre Ranke y Toynbee, y no entre L. Febvre y P. Vilar.⁵

Por el contrario, una vez definida la historia en el sentido progresivo

4. E. E. Evans-Pritchard, «Antropología e historia» en E. E. Evans-Pritchard, *Ensayos de antropología social*, Madrid, 1974, pág. 46.

5. Claro que lo mismo podría decirse a la inversa. Pocas posibilidades de colaboración ofrece al historiador una antropología que se acomoda exclusivamente a la definición inicial de S. F. Nadel: «El antropólogo social examina las sociedades *sin historia* y las culturas de carácter *exótico*». (S. F. Nadel, *Fundamentos de antropología social*, Madrid, 1974, pág. 16).

que adquiere día a día, la colaboración entre los historiadores y los antropólogos se abre camino entre los más destacados especialistas de ambas disciplinas. Sin embargo, todavía no está definido el terreno y el alcance de esta simbiosis interdisciplinar. Las líneas que siguen, trazadas a grandes rasgos, permiten presentar un cuadro general del estado de la cuestión.

De la historia a la antropología

Hoy día, la colaboración entre la antropología y la historia es una tendencia irreversible, que ya ha cristalizado en numerosas ocasiones en el terreno de los hechos. Esta colaboración, cuyas líneas esenciales, como se ha dicho, pretendemos trazar en los apartados siguientes, puede adoptar varias formas: la utilización por parte de los historiadores de las aportaciones de los antropólogos, el camino inverso del recurso por parte de los antropólogos a las elaboraciones de los historiadores y, finalmente el trabajo simultáneo de historiadores y antropólogos sobre una realidad común en un proyecto conjunto (que sería el resumen y culminación de las modalidades anteriores). Por razones de claridad expositiva vamos a abordar el tema distinguiendo las dos líneas contrapuestas de contribuciones de una disciplina a otra, sin entrar abiertamente en la discusión del método a seguir para la elaboración de programas de actuación conjunta sobre una misma realidad a estudiar.

No obstante, parece imprescindible decir unas palabras sobre ese ámbito de encuentro que los antropólogos designan con el nombre de etnohistoria. En un sentido estricto, el término tiene plena vigencia cuando hace referencia a estudios programados en común entre antropólogos e historiadores, utilizando testimonios de archivo y de campo que se entrelazan en una unidad explicativa. Por el contrario, y si nos movemos en el campo de las divisorias académicas entre disciplinas afines (y lo hacemos no por convicción, sino por no eludir un debate planteado), creemos abusiva la extensión del término etnohistoria cuando se aplica a estudios que versan sobre realidades del pasado con documentación exclusiva de archivo y que justifican su condición de trabajos etnohistóricos por tocar temas usualmente tratados por los antropólogos: en puridad, se trata de historia social, si se está de acuerdo con que el pasado es el campo y objeto propio de la ciencia histórica.

Sin profundizar en el problema acabado de discutir, trataremos en primer término de señalar las principales razones que, a nuestro juicio,

plantean a la antropología, no ya la conveniencia, sino la necesidad, de recurrir a la historia.

En primer lugar, y a un nivel puramente metodológico e incluso técnico, la historia ofrece a la antropología una experiencia en la crítica de las fuentes y en el análisis globalizado de sociedades del pasado tan primitivas como aquellas actuales sobre las que, de hecho, se ha volcado habitualmente la antropología. En el cuadro de déficits de la ciencia antropológica que E. E. Evans-Pritchard señala como susceptibles de ser remediados con el auxilio de la historia, destacan la insuficiencia de rigor crítico en la utilización de las fuentes, la imprecisión a la hora de distinguir entre relatos históricos y míticos, el desaprovechamiento de la oportunidad de establecer comparaciones con sociedades del pasado cuya organización pudiera presentar puntos de contacto con las actuales comunidades primitivas.⁶

Más importante aún es la necesidad de dar al análisis antropológico una profundidad histórica. Y ello, por varios motivos: en primer lugar, porque la prolongación hacia atrás de nuestro campo de observación contribuye no sólo a obtener una cantidad mayor de datos que puedan resultar significativos, sino también —y sobre todo— a ensanchar nuestro horizonte y a ampliar nuestra perspectiva sobre los hechos que analizamos, sacándolos del estrecho marco del «momentismo»; en segundo lugar, porque esta perspectiva temporal puede, a veces, resultar imprescindible para establecer reglas de funcionamiento de las instituciones o de la vida social: repeticiones periódicas y regulares de ciertos fenómenos, tendencias de larga duración que alternan con tendencias opuestas y cuya alternancia constituye justamente un rasgo estructural; y en tercer lugar, porque la realidad no es posible comprenderla en su complejidad si no reconstruimos la unidad pasado-presente: el pasado se halla de alguna manera incorporado al presente, es indisoluble del mismo, y la historia es una realidad plenamente actuante sobre el presente y no sólo considerada en el sentido de los acontecimientos, sino incluso en el sentido de la idea que los propios pueblos se hacen de su pasado, de su historia.

Esta imprescindible dimensión histórica de la antropología ha sido subrayada en los últimos años por muchos destacados especialistas. Las formulaciones más acertadas de esta necesidad han partido, sobre todo, de los antropólogos sociales y, especialmente, de aquellos que se dedican al estudio de las sociedades rurales. Podemos tomar como ejemplo la observación de H. H. Stahl, en su obra sobre las comunidades campesinas rumanas:

6. Cf. E. E. Evans-Pritchard, *Ensayos...*, pp. 48-57.

«Tout sociologue —se refiere a todo antropólogo social— en voie d'enquête sociale directe est, sans qu'il le veuille, un historien, car la tentation de transformer cet ordre logique que l'étude morphologique vous impose, en ordre chronologique, est impérieuse».⁷

Por su parte, Evans-Pritchard había ya afirmado en 1961 que «los historiadores escriben historia, por decirlo así, hacia adelante, y nosotros intentamos escribirla hacia atrás».⁸ Esta actitud hacia la historia coincide, por una parte, con la de otros científicos sociales igualmente preocupados por la dimensión histórica de sus análisis,⁹ y por otra, con posiciones defendidas por los historiadores y, particularmente, por los historiadores del mundo agrario a los que, según la conocida frase de M. Bloch, gloriada precisamente por H. H. Stahl, «les es necesario la mayor parte de las veces, leer la historia hacia atrás».¹⁰

Otra contribución de la historia a la antropología es el enriquecimiento que supone la explicación genética de la realidad. Algunos autores se muestran escépticos respecto a considerar este hecho como una ventaja: así, C. Lévi-Strauss afirma que «la obra de Boas demuestra por sí misma hasta qué punto resulta decepcionante el intento de saber *cómo las cosas han llegado a ser lo que son...*»¹¹ Sin embargo, difícilmente el antropólogo puede realizar un análisis rico de las instituciones sociales, por ejemplo, sin una referencia —que siempre existe, aunque incompleta y defectuosamente elaborada— a los orígenes. Cosa muy distinta sería agotar la virtualidad explicativa en un recorrido descriptivo de las diferentes etapas de una institución: ello repetiría el modo de proceder del historicismo y el positivismo, que consideraba la actividad de los hombres como un río heraclítico que jamás llegamos a aprehender conceptualmente.

El enfoque histórico permite también a la antropología la comparación entre fenómenos distantes en el tiempo y en el espacio. Sobre todo, evita crasos errores como el de considerar a las comunidades primitivas como «sociedades estáticas», justamente porque el observador ha prescindido de una perspectiva diacrónica: la petición de principio se evidencia en la atribución de la condición de ahistóricas y sociedades sobre las que no se quiere proyectar una investigación de carácter histórico. Del

7. H. H. Stahl, *Les anciennes communautés villageoises roumaines*, París, 1970.

8. E. E. Evans-Pritchard, *Ensayos...*, pág. 61.

9. Cf., por ejemplo, W. Leontieff, «When should history be written backwards?», *Economic History Review*, XVI (1963), pp. 1-8.

10. M. Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1952, t. I, pág.

11. C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, Buenos Aires, 1968, pág. 9.

mismo modo, la falta de análisis diacrónico puede presentarnos cualquiera de las diversas etapas de desarrollo de una determinada institución como la concreción definitiva o la situación estabilizada de la misma, puede considerar lo que no es sino un momento de desarrollo, como la «práctica congelada». Por otra parte, un problema típico del antropólogo requiere un análisis esencialmente histórico: nos referimos al cambio social, al paso de una estructura definida en la totalidad de las relaciones entre sus elementos a otra estructura distinta, susceptible naturalmente de ser definida del mismo modo.

Finalmente, todos los fenómenos humanos son esencialmente fenómenos históricos. La dimensión temporal es inseparable de la naturaleza de las creaciones humanas. Las realidades que estudia la antropología no escapan a esta regla, están en perpetua evolución y transformación. Por tanto, suscribimos plenamente la afirmación de A. Leroi-Gourhan, cuando señala que «les situations ethniques ne sont que des devenirs, indéfinissables autrement que dans une perspective animée par le temps...»¹²

De la antropología a la historia

La antropología aporta sobre todo al historiador dos elementos: nuevas fuentes y nuevos métodos y técnicas, que sirven para tratar temas con los que la historia no se ha familiarizado hasta fechas muy recientes.

A pesar de las observaciones de L. Febvre encaminadas a ampliar el concepto de fuente histórica,¹³ la experiencia demuestra que, de los tres tipos principales de fuentes de que dispone el historiador para analizar el pasado (textos escritos, vestigios materiales y fuentes orales), se ha privilegiado excesivamente la documentación escrita. A este respecto, es significativo que el material arqueológico quedara, durante mucho tiempo, incluso excluido del terreno de la historia propiamente dicha, como indica el propio concepto de prehistoria aplicado a lo que no es más que el período ágrafo de la historia.

12. A. Leroi-Gourhan, Préfaci à *L'Aubrac*, Paris, 1971. Apud: *Aujourd'hui l'histoire. Enquête de La Nouvelle Critique*, Paris, 1974, pág. 40. (existe versión castellana, Barcelona, 1976).

13. La historia se hace con todo lo que «siendo del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas del ser del hombre» (L. Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, pág. 232).

Efectivamente, el historiador olvida con frecuencia que, incluso en sociedades que conocen la escritura, ésta no afecta a todos los sectores de la población, ni los documentos escritos iluminan por igual todos los niveles de la realidad.¹⁴ Ha de recurrir, por tanto, a la arqueología, no sólo para reconstruir la historia de las sociedades sin escritura, sino para estudiar aspectos no reflejados en los textos durante la época de la civilización escrita. En este sentido, parece obvio que la arqueología no debe limitarse con exclusividad al estudio de los tiempos convencionalmente denominados prehistóricos, pues, como advierte A. Leroi-Gourhan, «rien ne différencie dans l'attitude et les procédés de recherche, l'étude d'une habitation paléolithique vieille de 30.000 ans et celle des ruines ensevelies d'une maison bourgeoise du XIXe siècle».¹⁵ En esta línea, sólo desde fechas muy recientes, la arqueología viene siendo utilizada con notable éxito para el análisis de épocas distintas a la prehistoria: quizás el ejemplo más espectacular sea el de la arqueología medieval que está poniendo a disposición del historiador un enorme caudal de datos sobre la vida material apenas entrevista de la documentación escrita.¹⁶

De esta forma, el historiador va ampliando poco a poco el campo de observación de su objeto con la ayuda de nuevas fuentes que le obligan a poner en cuestión la hasta ahora indiscutida hegemonía del documento escrito. En este punto, la antropología puede venir eficazmente en su auxilio. Según E. Poulat, el historiador del catolicismo francés, las fuentes antropológicas que puede utilizar la historia son de dos tipos: documentos orales y documentos ecológicos.¹⁷

La encuesta oral puede referirse a múltiples campos: pensemos en el patrimonio de experiencias de nuestros militantes obreros que no será dado a la historia escrita y que puede morir con ellos; o bien, en el mundo de la cultura popular, todavía oral en gran medida, que no puede ser rescatado más que con el recurso a la grabadora. Horizonte limitado a lo

14. Cf., entre otros, A. Casanova, «Histoire et ethnologie. I. Fonts historiques et réalité historique», en *Aujourd'hui l'histoire...*, pp. 31-39.

15. A. Leroi-Gourhan, «L'histoire sans textes» en *L'Histoire et ses méthodes*, Paris, 1961, pág. 233.

16. Los resultados más notables han sido obtenidos en los países del Este europeo, particularmente en Polonia a través del Instituto de Historia de la Cultura Material (creado en 1954). Cf., por ejemplo, W. Hensel, *La civilisation polonaise du haut moyen âge à la lumière des recherches archéologiques*, «Anuario de Estudios medievales», 8 (1972-73), pp. 521-536. Sobre la función del Instituto de Historia de la Cultura Material y el papel que el mismo desempeña la etnología, cf. T. Wasowicz, *L'histoire de la culture matérielle en Pologne*, «Annales. E. S. C.», XVII (1962), pp. 75-84.

17. Entrevista con E. Poulat, en *Aujourd'hui l'histoire...*, pág. 238.

muy contemporáneo, es verdad, pero no exclusivamente: ciertas manifestaciones folklóricas, canciones sobre temas que fueron actualidad en su día y que se perpetúan en tonadillas populares, tradiciones sobre sucesos importantes del pasado o sobre figuras de raigambre popular, todo ello puede hacer referencia a acontecimientos ocurridos en tiempos muy distantes al presente y de los que carecemos, a veces, de otras fuentes de información que no sean las puramente oficiales.

En cuanto a los documentos ecológicos, F. Braudel nos ha hablado de una «geohistoria», de una historia del medio ambiente que condiciona al hombre y que, a la vez, es transformado por éste, mientras E. Sereni ha intentado esbozar una historia del paisaje agrario italiano.¹⁸ Pero, al revés, una interrogación al paisaje actual permite observar las distintas etapas de la acción del hombre, si bien no en el sentido de los niveles de un yacimiento arqueológico, sí al menos a través de los elementos residuales que no han sufrido alteración significativa y que han ido quedando relativamente al margen del proceso general del desarrollo histórico.

Pero, sobre todo, la antropología nos proporciona, nuevos métodos y técnicas de aproximación a los problemas del pasado. En este punto, la historia siempre ha manifestado tanto su necesidad como su disposición a incorporar experiencias distintas. Para interpretar el pasado, la historia ha recurrido a la teoría económica y a la elaboración estadística, del mismo modo que ha utilizado teorías sociales y técnicas de sondeo. Desde el momento en que los problemas económicos o sociales del pasado se han convertido en objeto de su interés, no ha dudado en establecer contacto con la economía o con la sociología. Lo mismo ha ocurrido, aunque más tardíamente, con la antropología. Las razones de este retraso pueden ser debidas a que la antropología, en su desarrollo, había ido ocupando justamente aquellos espacios que la historia le abandonaba por carecer de interés para ella o porque el tipo de fuente que venía utilizando no le permitía introducirse en ellos. Este proceso ha sido analizado lúcidamente por M. Godelier:

«Poco a poco, se ha constituido un campo de estudios, poblado de todas las sociedades no occidentales que descubría el occidente en su expansión mundial y que los historiadores abandonaban a merced de los antropólogos en cuanto su estudio no podía apoyarse en documentos escritos que

18. Cf. F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1966 (existe versión castellana, México, 1976); y E. Sereni, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Roma-Bari, 1974.

permitieran fechar los monumentos y las huellas materiales de la historia pasada, y en cuanto fue necesario recurrir a la observación directa y a la encuesta oral.

»Al mismo tiempo y por las mismas razones, sectores internos de la historia occidental —antigua y contemporánea— se dejaban en manos de la etnología o la sociología rural, a menudo confundidas la una con la otra. De este modo, se cedía a la antropología el estudio de todos los aspectos de la vida regional o aldeana que aparecían como supervivencias de modos de producción y de organización social precapitalistas y preindustriales, o que se remitían a particularidades étnicas y culturales muy antiguas (...), realidades que aparecían poco a poco en la documentación escrita que examinaban los historiadores y que exigían, además, la encuesta directa sobre el terreno y la recogida de las prácticas que se manifestaban, en la mayor parte de los casos, de forma ejemplar en las tradiciones orales del folklore y en las normas consuetudinarias».¹⁹

Los historiadores abandonaban así, a los antropólogos los elementos residuales, marginales al curso, si no de la historia, sí de la «gran historia». Esta visión teleológica, que no se ocupaba de los terrenos «condenados» por el desarrollo histórico, es precisamente un concepto a revisar: los comportamientos marginales (pensemos en los estudios sobre marginalidad social de B. Geremek o de E. J. Hobsbawm),²⁰ los residuos de modos de producción anteriores en las distintas formaciones económico-sociales (pensemos, por ejemplo, en el interés de estos planteamientos para sociedades integradas en el capitalismo periférico) van siendo objeto de un renovado interés, convirtiéndose en temas básicos de investigación. Aquí la historia entra de nuevo en contacto con la antropología.

El terreno donde esta colaboración ha dado sus primeros frutos de consideración ha sido en el de las sociedades rurales. Las actuales comunidades rurales habían sido un campo fundamental de experiencias para la antropología social; al mismo tiempo, se daba la circunstancia de que las sociedades del pasado anteriores a la revolución industrial eran sociedades eminentemente rurales y, por tanto, con puntos de contacto con las comunidades campesinas actuales. Por otra parte, unas y otras —las de

19. M. Godelier, «Antropología y economía. ¿Es posible la antropología económica?», en M. Godelier (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, 1976, pp. 291-292.

20. B. Geremek, «La popolazione marginale tra il Medioevo e l'era moderna» en *Agricoltura e sviluppo del capitalismo*, Roma, 1970, pp. 201-216 (existe versión castellana, Madrid, 1974). E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Manchester, 1959 (existe versión castellana, Barcelona, 1974). E. J. Hobsbawm, *Bandits*, Londres, 1969 (existe versión castellana, Barcelona, 1976).

antes y las de ahora— son sociedades con predominio de la cultura oral, campo vedado al historiador si no es por medio de las reminiscencias conservadas en el presente y en el que el antropólogo, en cambio, tiene una gran experiencia acumulada. De este modo, las formas subsistentes de vida rural constituían el terreno adecuado para escribir esa historia al revés en la que, según ya vimos, coincidían los antropólogos y los historiadores del mundo agrario. Un texto de Ch. Parain, como introducción a un trabajo de etnología histórica, fruto de la colaboración interdisciplinar entre ambas ciencias sociales, puede servir de justificación teórica de las posibilidades de este tipo de investigación:

«... l'évolution des vieilles sociétés européennes entrées depuis longtemps dans l'ère industrielle n'a pas, en général, atteint un point ou auraient cessé de s'y perpétuer et d'y tenir un rôle appréciable des groupes sociaux dont il serait impossible de comprendre les structures profondes ainsi que le mouvement qui les anime, en se contentant de leur appliquer les modèles qui permettent de rendre compte de la société globale dans la mesure où elle se trouve façonnée de manière déterminante par l'industrialisation».²¹

Al mismo tiempo, las experiencias se multiplican. Un modelo ejemplar de aplicación del método de la antropología es el trabajo de H. H. Stahl sobre las comunidades campesinas rumanas. Sus reflexiones teóricas y su imaginación para utilizar las fuentes etnológicas han contruido poderosamente a la toma de conciencia sobre la necesidad de la colaboración interdisciplinar en historia agraria:

«En tout cas, nos anciens documents concernant les villages sont si laconiques et imprécis que l'on ne peut les comprendre que si l'on sait déjà quelles sont les règles de vie des communautés villageoises. Sans l'appui des connaissances portant sur les communautés de nos jours, l'exegèse des actes anciens se heurterait à des difficultés insurmontables».²²

G. Duby, en sus estudios sobre la economía rural durante la Alta Edad Media, también ha incorporado con claridad las enseñanzas de los antropólogos, ofreciendo con ello una visión renovada del occidente altomedieval. He aquí, de entrada, una afirmación que deberá ser tenida en cuenta por los medievalistas que se ocupen del período comprendido entre los siglos VIII y X:

21. Ch. Parain, «Fondements d'une ethnologie historique de l'Aubrac», en *L'Aubrac*, t. II, París, 1971. Apud: *Aujourd'hui l'histoire...*, pp. 35-36.

22. H. H. Stahl, *Les anciennes communautés...*

«l'Occident du X^e siècle, ce pays de forêts, de tribus, de sorcellerie, de roitelets qui se haïssent et se trahissent, sortit à peu près de l'histoire et laissa mois de traces de son passé que ne le fit sans doute l'Afrique centrale du XIX^e siècle, qui le ressemble tant».²³

Es de sobra conocido el protagonismo concedido por los historiadores de la economía medieval —desde Pirenne— al comercio como motor esencial de la misma. Pues bien, G. Duby ha mostrado que para descubrir los motores de esta economía, dadas las características «primitivas» de la sociedad altomedieval, «Les réflexions des économistes contemporains apparaissent, en fait, moins utiles que ne sont celles des ethnologues»; y refiriéndose en concreto al papel desempeñado por la moneda en este tipo de sociedad comprueba que «les ethnologues nous apprennent que les sociétés primitives peuvent fort bien se passer de petite monnaie, sans pour cela ignorer les échanges, ni même les échanges proprement commerciaux».²⁴ Bueno será recordar en este punto las notables aportaciones de K. Polanyi y su escuela —a pesar de sus limitaciones²⁵— cuando nos explican la existencia de sistemas económicos «empotrados» (*embedded*) en el funcionamiento de estructuras sociales no económicas (relaciones de parentesco, relaciones políticas, etc.). Como afirma M. Rodinson:

«le livre maintenant classique dirigé par Polanyi, Arensberg et Pearson (1957) a fait admettre aux historiens et à beaucoup d'économistes ce que les ethnologues ou anthropologues savaient depuis longtemps, à savoir que l'économie, et même l'économie d'échange, n'était pas liée forcément au marché, et cela jusque dans des sociétés complexes et très développées».²⁶

Volviendo a las investigaciones de G. Duby, este historiador replantea, por tanto, el estudio económico de la Alta Edad Media en función de categorías diferentes a las relaciones de parentesco, de las tradiciones

23. G. Duby, *L'an mil*, París, 1967, pág. 10. Cf. la obra fundamental de G. Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962 (existe versión castellana, Barcelona, 1968).

24. G. Duby, *Guerriers et paysans. VII-XIIIe siècle. Premier essor de l'économie européenne*, París, 1973, pp. 12 y 77 (existe versión castellana, Madrid, 1976).

25. Cf. el comentario crítico de M. Godelier a K. Polanyi y la escuela substantivista de su artículo «La antropología económica», en M. Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Madrid, 1974, pp. 65-69.

26. M. Rodinson, Préface a P. Chalmers, *El señor del zoco en España*, Madrid, 1973, pág. XVI. El libro de K. Polanyi a que hace referencia M. Rodinson es K. Polanyi, C. M. Arensberg and H. W. Pearson (eds.), *Trade and market in the Early Empires. Economics in history and theory*, New York, 1957 (existe versión castellana, Barcelona, 1976).

culturales y de los mecanismos mentales en las estructuras de obtención e intercambio de bienes:

«Il s'agit de saisir comment l'imaginaire de parenté —je pense par exemple au culte des ancêtres, à la dévotion à l'égard des défunts— peut lui-même retentir sur une situation donnée proprement économique par l'intermédiaire de toute une catégorie de rituels, d'offrandes et de consécractions (...) peut-on maintenant arriver à faire une théorie des rapports économiques à l'intérieur de la parenté».

»Il serait vain de revenir à una *Geistesgeschichte* où les idées se promèneraient dans une sphère intemporelle, mais il m'apparaît de plus en plus vain de faire de l'histoire économique qui ne tient pas compte des rituels, par exemple du rituel de la fête, ou de règles comme celles du mariage, ou de choses aussi peu matérielles que la croyance en la survie, au purgatoire. Ainsi l'idée du purgatoire est très d'une certaine image de la société, elle-même déterminée par des critères économiques, mais cette idée du purgatoire a des incidences sur le fonctionnement du modèle économique».²⁷

Si la antropología sirve a G. Duby para la comprensión del mundo altomedieval, su utilidad es asimismo innegable para ampliar el análisis sobre sociedades más próximas a nosotros. Es el caso de las investigaciones, muy recientes, de R.E.F. Smith, que ha empleado encuestas antropológicas, superpuestas a las fuentes documentales, en un estudio sobre la agricultura rusa anterior a la época de Pedro el Grande.²⁸ O asimismo el caso de A. Soboul, quien, preocupado por las transformaciones experimentadas por las comunidades rurales francesas a partir de la Revolución, no duda en recurrir a la antropología, señalando explícitamente los beneficios científicos de tal actitud:

«Il n'est pas inutile d'insister ici sur les services réciproques que peuvent et doivent se rendre histoire et ethnographie dans l'étude de la communauté rurale. L'historien trouvera dans la littérature et l'art populaires un instrument efficace d'analyse sociale; l'étude du folklore paysan permet de constater le retentissement des événements dans la conscience collective et d'éclairer ses tendances profondes. L'histoire en retour met en évidence le dynamisme et le devenir perpétuel des structures sociales et mentales; elle démontre la vanité du mythe de la permanence des coutumes paysannes, beaucoup plus changeantes en tous les domaines qu'on ne s'est plus parfois à l'affirmer».²⁹

Así pues, es evidente que los métodos de la antropología pueden corregir los anacronismos cometidos al intentar aplicar los criterios de la economía del mundo capitalista a sociedades rurales de otras épocas, poniendo a disposición del historiador unos elementos que le permitan valorar la importancia de los factores extraeconómicos en sociedades agrarias parecidas a las que suele estudiar el antropólogo.

Un segundo campo de posible colaboración interdisciplinaria es el de la historia de la cultura. Como muy bien ha señalado uno de los máximos especialistas del tema, R. Mandrou, la historia debe a la antropología la ampliación del concepto de cultura: si antes el término sólo definía a las elaboraciones eruditas que eran patrimonio de las clases dominantes, la nueva concepción cubre ahora las creaciones populares, las visiones del mundo y los modos de vida del conjunto de la sociedad.³⁰ La historia de las mentalidades colectivas, del utillaje mental de un grupo social —donde las representaciones escritas y las conceptualizaciones juegan un papel mucho menos importante que la transmisión oral o que la representación simbólica— se convierte así en un campo excepcional de colaboración entre antropólogos e historiadores. La experiencia de la antropología en temas tales como la mentalidad mágica, las formas religiosas, la formación de los mitos, los sistemas de representación no escrita... puede ser puesta indudablemente a disposición del historiador para la elaboración de métodos de investigación que permitan un ensanchamiento y un tratamiento más profundo de los materiales de que dispone el estudioso de la cultura.

Por ejemplo, en el campo de la historia medieval, algunos trabajos de J. Le Goff han permitido conocer significativos rasgos de la cultura popular de la Alta Edad Media, sus relaciones con la cultura eclesiástica, así como las vinculaciones de ambas con la estratificación social de la época.³¹ En parecida dirección, G. Duby ha mostrado los mecanismos de vulgarización de los modelos culturales en las clases inferiores y, como contrapartida, el movimiento paralelo de «invasión» de la afectividad popular en la cultura aristocrática.³² Para la Francia clásica, R. Mandrou ha

30. R. Mandrou, «La France moderne», en *Aujourd'hui l'histoire...*, pág. 228.

31. J. Le Goff, *Culture cléricale et traditions folkloriques dans la civilisation mérovingienne*, «Annales. E. S. C.», XXII (1967), pp. 780-791. J. Le Goff, «Les paysans et le monde rural dans la littérature du haut moyen âge», en *Agricultura e mondo rurale in Occidente nell' alto medioevo*, Spoleto, 1966, pp. 723-741.

32. G. Duby, «La vulgarisation des modèles culturels dans la société féodale», en *Niveaux de culture et groupes sociaux*, Paris-La Haya, 1971, pp. 32-40.

27. G. Duby, *Histoire/société/imaginaire*, «Dialectiques», 10-11 (1975), pp. 111-123.

28. R. E. F. Smith, *Peasant Farming in Muscovy*, Cambridge, 1977.

29. A. Soboul, «Problèmes de la communauté rurale en France» en *Ethnologie et histoire. Forces productives et problèmes de transition*, Paris, 1975, pág. 371.

mostrado la coexistencia de diversos sistemas de civilización, de diferentes niveles culturales (popular, nobiliario, eclesial, burgués, marginal), que se entrecruzan y se influyen mutuamente.³³

Pero la investigación de este amplio campo, apenas explorado, de la cultura popular supone, en primer lugar, la adquisición por parte del historiador de un amplio bagaje de conocimientos sobre el folklore y otras cuestiones que la antropología puede brindar, y en segundo lugar, una lectura minuciosa de la documentación escrita buscando en ella, no ya los «datos» puntuales y concretos, sino otro tipo de información, mucho más sutil, que descubra los sistemas de representación mental de los redactores del texto.³⁴ En este sentido, la simple cuantificación del vocabulario puede, a veces, resultar efectiva, si permite descubrir reiteraciones o ausencias significativas.³⁵ Asimismo el estudio de las representaciones iconográficas parece abrirse a la investigación histórica como prometedor campo de experiencias, según se comprueba en trabajos recientes, como los de G. y M. Vovelle o V. L. Tapié sobre la Francia moderna y contemporánea.³⁶

Conectado directamente con lo anterior, nos encontramos con un nivel cultural muy primario, que se manifiesta en forma de efusiones afectivas, exaltaciones de la sensibilidad colectiva, comportamientos no racionalizados y expresiones rituales cuyo significado no es plenamente consciente. Incluso actitudes políticas, que hoy consideramos fruto de reflexiones perfectamente explicitadas y asumidas por sus protagonistas, no tenían este carácter entre grupos sociales que sólo confusamente sabían articular en momentos álgidos sus intereses de clase de cara a una acción contestataria (los franceses llegan a denominar a estos movimientos de

33. R. Mandrou, *La France aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1967 (existe versión castellana, Barcelona, 1973).

34. Como trabajos modélicos sobre estos temas pueden citarse los de R. Mandrou. *De la culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París 1964; y F. Lebrun, *Les hommes et la mort en Anjou aux XVIIe et XVIIIe siècles. Essai de démographie et de psychologie historiques*, Paris-La Haya, 1971 (versión abreviada, París, 1975): la tercera parte del libro se ocupa de las actitudes de los angevinos del Antiguo Régimen ante la enfermedad, el espectáculo de la muerte, el fin último y el culto de los muertos.

35. Cf., por ejemplo, el trabajo de K. J. Hollyman, *Le développement du vocabulaire féodal en France pendant le haut moyen âge. Etude sémantique*, Ginebra-París, 1957. En este campo, son muy importantes las consideraciones teóricas de R. Robin, *Histoire et linguistique*, París, 1973.

36. G. et M. Vovelle, *Vision de la mort et de l'au-delà en Provence d'après les autels des âmes du purgatoire, XVe-XXe siècles*, París, 1970. V. L. Tapié y otros, *Retables baroques de Bretagne*, París, 1972.

protesta, «émotions populaires»). También aquí, el trabajo antropológico puede ayudar al historiador. Sin que estemos de acuerdo con una formulación que separa en términos de irreductible antagonismo el mundo de lo consciente del mundo de lo inconsciente, creemos que pueden tenerse en cuenta las siguientes palabras de C. Lévi-Strauss:

«Teniendo el mismo objeto, que es la vida social, el mismo propósito, que es una mejor inteligencia del hombre, y un método que sólo varía en cuanto a la dosificación de los procedimientos de investigación, se distinguen sobre todo por la elección de perspectivas complementarias: la historia organiza sus datos en relación con las expresiones conscientes de la vida social y la etnología en relación con las condiciones inconscientes».³⁷

Lo que, en todo caso, sí es cierto es la utilidad del análisis antropológico para la exploración de ese sustrato de creencias, de vivencias, de códigos no explicitados que circulan a nivel inconsciente o semiconsciente y que alimentan prácticas y comportamientos que, sin aquella referencia, nos parecerían incoherentes y absurdos. Análisis de este tipo son especialmente válidos para el estudio de las sociedades del pasado, en las que la ausencia, entre la mayoría de la población, de una cultura escrita favorecía el desarrollo de conductas que no llegaban a alcanzar un grado de expresión plenamente consciente. Entre historiadores este terreno está ampliamente por desbrozar, aunque ya la historia de las mentalidades colectivas se propone decididamente abordar todos los niveles de expresión, desde los más racionales y manifiestos, hasta aquellos que parecen más irracionales y son puramente afectivos. Veamos cómo G. Duby, indiscutible pionero en el tema de las mentalidades, sitúa la cuestión:

«...para comprender la organización de las sociedades humanas y para discernir las fuerzas que la hacen evolucionar, es necesario prestar una atención similar a los fenómenos mentales, cuya intervención tiene, sin duda alguna, un carácter tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos. Pues los hombres no regulan su conducta en función de su situación real, sino de la imagen que de ésta tienen, imagen que jamás es un fiel reflejo de la realidad. De ahí el esfuerzo de los hombres por conformar su conducta a unos modelos de comportamiento fruto de una cultura determinada y que, a lo largo del devenir histórico, no siempre se ajustan a las realidades materiales».³⁸

37. C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, pág. 19.

38. G. Duby, *Historia social e ideología de las sociedades*, Barcelona, 1976, pág. 82. Asimismo, cf. G. Duby, «Histoire des mentalités», en *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 937-968.

Ya hemos hecho una ligera referencia a la importancia que concede Duby a los fenómenos mentales en el seno de la economía altomedieval. De igual forma, ha puesto el acento en la impronta sicología que acompaña a los orígenes de la caballería, en la fuerza de la ideología de la «paz de Dios» durante la primera época feudal, y en los componentes mentales que arropan y dan coherencia a las relaciones feudales.³⁹ Particularmente ilustrativo, desde el punto de vista metodológico, es el trabajo dedicado al estudio del esquema tripartito que dividía la sociedad de la Alta Edad Media en «oratores», «bellatores» y «laboratores»: he aquí un notable ejemplo de cómo se pueden desmontar los componentes de una estructura mental, analizar su génesis, mostrar los mecanismos que conducen a su configuración en un todo coherente y, por fin, descubrir los factores que conducirán a la supresión del mismo.⁴⁰ Del mismo modo, los fenómenos de rebeldía primitiva, usando el término, ya consagrado, de E. J. Hobsbawm,⁴¹ y las actitudes contestatarias de la multitud, en el sentido definido por G. Rudé,⁴² sólo podrán ser entendidos plenamente si, a los métodos tradicionales de enjuiciamiento político, superponemos un análisis de las actitudes reflejas, de las respuestas espontáneas de los diferentes grupos sociales; la ausencia de investigaciones de este tipo nos conduciría a penosos anacronismos.⁴³ En todos estos casos, la antropología puede ayudar a la historia:

«Sin embargo, la ausencia de documentos escritos en la mayoría de las sociedades primitivas ha obligado al etnólogo a desarrollar métodos y técnicas adecuados al estudio de actividades que permanecen, como consecuencia de ello, imperfectamente conscientes en todos los niveles en que se expresan».⁴⁴

Finalmente, y sin que esto quiera decir que hayamos agotado esta enumeración de posibles áreas de contacto entre las dos disciplinas, podemos convenir con Evans-Pritchard en la necesidad de aprovechar la expe-

39. Cf. G. Duby, «Les origines de la chevalerie», «Les laïcs et la paix de Dieu» y «La féodalité? Une mentalité médiévale», en G. Duby, *Hommes et structures du Moyen Age*, París-La Haya, 1973, pp. 325-341, 227-240 y 103-110, respectivamente.

40. G. Duby, «Los orígenes de un sistema de clasificación social», en G. Duby, *Historia social...* pp. 43-56.

41. E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels...*

42. G. Rudé, *The Crowd in History*, New York, 1964 (existe versión castellana, Buenos Aires, 1971).

43. Este riesgo, así como la necesidad del análisis antropológico para obviarlo ha sido señalado en un estudio reciente sobre revueltas campesinas por J. Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, 1976, pág. 14.

44. C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, pág. 25.

riencia de los antropólogos en estudios históricos sobre problemas de parentesco, de linaje o de familia. Las complejas articulaciones familiares en sociedades jerarquizadas como las antiguas tienen una proyección evidente en la trayectoria económica, social y política de las mismas. Sistemas de herencia ligados al mantenimiento del poder de una clase, enlaces matrimoniales como modo de perpetuación de una élite social, relaciones familiares de clientela...: otros tantos temas de historia social que pueden beneficiarse de la práctica antropológica. Por ejemplo, estudiando las relaciones de parentesco durante la Alta Edad Media, tema prácticamente virgen hasta hace muy pocos años, G. Duby llega a conclusiones que necesariamente habrán de ser tenidas en cuenta por los investigadores de aquel período, al señalar:

«l'étroite corrélation (...) entre l'histoire de la famille et celle de l'économie. C'est en fonction d'un patrimoine, qu'il soit constitué de terres, de pouvoirs ou de monnaie, que se disposent les relations de parenté (...). Mais les structures familiales, les coutumes et les pratiques qui assurent leur survie, les représentations mentales qui prennent appui sur elles, interviennent à leur tour, de manière souvent indirecte mais toujours décisive, pour ralentir ou accélérer l'évolution des modes de production et de la hiérarchie des fortunes».⁴⁵

Ignorando durante demasiado tiempo esta problemática, que los antropólogos conocían con profundidad, la historia ha dejado en la penumbra un aspecto fundamental de la realidad social: he aquí otra consecuencia del penoso divorcio entre ambas ciencias.

Pero no sólo los estudios sobre relaciones de parentesco permiten llenar un vacío y completar con una pieza importante el cuadro general de la vida social; a veces, la investigación de este tema varía sustancialmente los puntos de vista tradicionales sobre un determinado período histórico. Vale la pena referirnos a un ejemplo muy reciente que afecta, además a la historia de la Península Ibérica: el estudio consagrado por el historiador y arabista francés P. Guichard a la estructura antropológica de Al-Andalus durante la Alta Edad Media.⁴⁶

Es sabido que la excesiva polarización de los estudios sobre la histo-

45. G. Duby, *Structures familiales dans le moyen âge occidental*, «XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas», Moscú, 1970, pág. 8. Cf. asimismo, G. Duby, «Structures de parenté et noblesse dans la France du Nord aux XIe et XIIe siècles» y «Lignage, noblesse et chevalerie au XIIe siècle dans la région mâconnaise. Une révision», en G. Duby, *Hommes et structures...*, pp. 267-286 y 395-422 respectivamente.

46. P. Guichard, *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, 1976.

ria andalusí hacia los fenómenos culturales —en sentido restringido, es decir, a la literatura y al arte— han configurado una imagen, profundamente arraigada hoy, acerca del sentido y de las características de ese período histórico. No entramos, por el momento, en los factores ideológicos que han intervenido en dicha configuración.⁴⁷ Simplificando en exceso, pero sin creer desfigurar su significado profundo, la imagen ofrecida es la siguiente: la minoría musulmana que invadió la Península, al mezclarse inmediatamente con la población autóctona, se disolvió en ella, resultando, como producto de la fusión, una sociedad mucho más «española» y «occidental» que islámica. Los préstamos lingüísticos y artísticos venían a afianzar la idea de que, por encima de disparidades raciales o religiosas, los habitantes de la Península durante la Alta Edad Media eran «españoles», y el cordobés Ibn Hazm no era sino un «eslabón moro» en la cadena de «españolidad» que unía a Séneca con Unamuno. Llevando esta imagen a sus últimas consecuencias, ha habido autores que, al borde de lo humorístico, se han preguntado —muy seriamente, por su parte— si los árabes habían realmente invadido la Península.⁴⁸ El trabajo de P. Guichard parte de presupuestos muy diferentes: en lugar de limitarse a los datos literarios o artísticos, elige estudiar «un hecho social típicamente no occidental, para tratar de evaluar su importancia en la sociedad de los primeros siglos de la España musulmana: concretamente el hecho clánico y tribal».⁴⁹ Intenta dilucidar si, durante la Alta Edad Media, las estructuras de parentesco andalusíes se asemejaban más a las «occidentales» que a las «orientales»; para ello, recurre a los métodos antropológicos, definiendo los rasgos esenciales de la familia «occidental» y de la «árabo-bereber», y procediendo posteriormente a una relectura de las fuentes andalusíes para mostrar qué tipo predominó en la sociedad musulmana peninsular.

No es este el lugar ni la ocasión para comentar las importantes enseñanzas que se pueden extraer de la obra de P. Guichard, pero queda patente, quizás con más claridad que en los ejemplos anteriores, la posibilidad de un perfecto maridaje entre antropología e historia a la hora de estudiar los rasgos esenciales de una sociedad concreta.⁵⁰

47. Cf. la introducción de M. Barceló a G. Rosselló Bordoy, *Mallorca musulmana (Estudis d'arqueologie)*, Mallorca, 1973, pp. 5-26.

48. I. Olagüe, *Les Arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, París, 1969. Cf. la réplica del propio P. Guichard, «Les Arabes ont bien envahi l'Espagne», *Annales E. S. C.*, XXIX (1974), pp. 1483-1513.

49. P. Guichard, *Al-Andalus...*, pág. 50.

50. Tampoco queremos dejar de señalar el interés que en el caso de nuestra historia mo-

Si en el caso que acabamos de citar, el historiador se ha doblado en antropólogo, podemos destacar ahora un ejemplo muy reciente de colaboración interdisciplinar en el campo de las relaciones de parentesco: la publicación de un volumen de estudios sobre los sistemas de herencia en las sociedades de la Europa preindustrial, editado conjuntamente por un antropólogo social, J. Goody, y dos historiadores de la economía y de la sociedad, J. Thirsk y E. P. Thompson.⁵¹

Conclusión

A lo largo de estas líneas hemos intentado subrayar, sobre todo, la necesidad de superar un planteamiento erróneo, el que establece la dicotomía entre antropología e historia, reservando a la primera la visión sincrónica, estructural de la realidad, y a la segunda la visión diacrónica, temporal de esta misma realidad. La antropología necesita combinar orgánicamente ambos enfoques si quiere realmente comprender su objeto. La historia, por su parte, no tiene el monopolio de la dimensión temporal, sino que por el contrario sus análisis son sincrónicos cuando reflexiona sobre las estructuras y diacrónicos cuando se trata del problema del cambio social, como hacen los antropólogos o los sociólogos. Su terreno propio es el pasado, aunque este pasado no esté ensanchando a cada instante, esté constantemente avanzando hacia nuestro presente. Y su vocación es la de convertirse en una historia integradora, utilizando la expresión de P. Vilar, una historia que ponga en relación los diferentes planos de la realidad social, los diferentes aspectos de la actividad del hombre en sociedad.

Si compartimos esta concepción, la historia y la antropología no sólo se abren hoy a la colaboración interdisciplinar, sino que, aún más, se encuentran en tensión hacia la reconstrucción de la unidad de las ciencias sociales, hacia un horizonte dominado, según las palabras de M. Godelier, por:

«una sola ciencia que será, a la vez, teoría *comparada* de las relaciones

derna presenta el tratamiento desde la antropología de un tema tan importante como el de las minorías étnicas y religiosas (moriscos, judíos, gitanos, etc.). Los valiosos y conocidos trabajos de J. Caro Baroja, de J. Reglá, de A. Domínguez Ortiz no agotan las posibilidades de utilizar nuevos testimonios y de ampliar nuestros planteamientos sobre la materia.

51. J. Goody, J. Thirsk y E. P. Thompson (eds.), *Family and Inheritance*, Londres, 1977.

sociales y explicación de las *sociedades concretas* aparecidas en el curso *irreversible* de la historia, y esta ciencia, combinando historia y antropología, economía, política, sociología y psicología, será ni más ni menos lo que los historiadores entienden por historia universal, o lo que los antropólogos intentan y ambicionan con la denominación de antropología general». ⁵²

52. M. Godelier, *Antropología y economía...*, pág. 295.